

## ESTIGMAS<sup>1</sup>

*Hélène Cixous*

Cuando ahora me remonto a la época del Clos Salembier, donde no he vuelto desde hace cuarenta años y donde nunca volveré, donde me espera conservada en el aire azul ámbar del pasado inmemorial la casa en el jardín donde crecen siempre cada año hileras de flores y de verduras que mi padre había plantado, de todos los seres animados que prosiguen su vida inmortal en la morada cercada de mi infancia, el que más vivo permanece, más intensamente vibrátil, poderoso, inquieto, el que también ocupa más espacio en el jardín que contiene mi memoria minuciosa, sí, lo veo, incomparablemente, el más grande, efecto de perspectiva naturalmente, el que viene a mi encuentro como un rayo, cuando al doblar la esquina del bulevar Laurent-Pichat de un paso soñador devoro las decenas de metros que conducen al portón, el portón de barrotes oxidados desde el primer día el que me espera el primero y que encuentro de pie en la entrada, siempre por todas partes, no es ni el fantasma de mi abuela que permanece en el fondo, ni ninguno de los habitantes a pesar de ser importantes de esta época reservada como un siglo antiguo, todos están ahí pero un poco palidecidos por la luz de los tiempos, un poco ralentizados en el aire inmóvil de la memoria, el único de entre los grandes seres animados que viven aún en el bulevar Laurent-Pichat, y entre los que me cuento, el único que no está afectado y debilitado por las grandes distancias, es Fips el perro. El más miserable de los dioses el más divino de los miserables.

Al verlo saltar y ladrar como el genio de la supervivencia, no como uno de los fantasmas ligeramente desvanecidos que nosotros mismos somos, sino como un caso único de triunfo de la vida sobre todas las condiciones y costumbres de la aminoración gradual de las cosas que sucedieron, me maravillo, tengo el corazón henchido de un goce amargo y de vergüenza, y admiro este perro, con la humildad que antaño nunca conseguí experimentar pues un terror sagrado me lo impedía. Lo reconozco, Fips, eres inolvidable, has recobrado el rango que en vida siempre te fue rechazado, eres el más vivo de los desaparecidos. Fips manifiesto es la prueba de que no hay ley universal y absoluta del desvanecimiento. En este mismo momento atraviesa la débil pero sólida nube que separa nuestro ahora de antes y lo veo como si lo viera aquí mismo en realidad, como si él me viera, cómo me mira, más agachado que tieso, dispuesto a atacar violentamente, como si pudiera lanzarme sus ojos a los ojos, en un esfuerzo sobrehumano que lo impulsa casi hasta matarlo más allá de su frontera de perro. Justa revancha, me dije, justo destino. Fips, querías hasta tal punto franquear, con todas tus formas forzadas todos los días para intentar pasar hacer caer las murallas, querías romper las prisiones, lacerar las pieles, tu alma reclamaba liberación, nunca vi a un ser en tan furiosa rebelión contra los destinos que marcan nuestros límites desde que nacemos, los reglamentos, las necesidades que tienen los poderes humillantes sobre toda criatura que se excede. Con los ojos casi arrancados de las órbitas, el alma como

<sup>1</sup> Traducido del francés por Maribel Peñalver Vicea (Universidad de Alicante). Revisado por Marta Segarra.

una flecha, el ser entero en disparos, el gemido último con los dientes desnudos, el morro suave suplicante, él se enfrenta a los mundos atacantes.

Es un ser que no se dejó domar vivo y, muerto desde hace mucho tiempo, resiste a cualquier tentativa de las nadas.

Cuando regreso hoy a mi casa del bulevar Laurent-Pichat n° 54, el que viene a mi encuentro, el que llama cuando apenas doblo la esquina, me festeja amenza, el que me recuerda a mí y que resulta ser el personaje más secretamente necesario y el que marca la carne de mi alma, lo veo, es él. Soy el resultado de su visita. Indelebles son las huellas de su morada cruel en mi carne y en mi alma. A él debo mis cicatrices. Es el autor inocente, yo inocente de las firmas que han inaugurado mi libro en mis pies y mis manos.

Tengo sus dientes y su rabia pintados en mi pie izquierdo y en mis manos, nunca pienso en ello, pues los pequeños labios mudos de las llagas han viajado, lo que queda de ellas en mis pies y en mis manos sólo es sello insensible, las marcas de los gritos se han alojado en las membranas sensibles muy sensibles de mi cerebro. Tengo este perro en mi cerebro, como un gemelo irreconocible.

Vosotros que conocéis mis estallidos de ira, los subitos momentos en los que la puerta de mi calma se abre para dar paso a un furor muy antiguo, no sabéis que entonces soy Fips, salto fuera de mí misma llamada por su galope que esperaba pasar de un salto prodigioso por encima de las picas del portón ladrando soy su esperanza y su extravagancia, se inventaba alas invisibles, era como un milagro verlo echar a volar por encima de cualquier obstáculo, desmintiendo la envoltura que lo hacía pequeño y perro. Pero cuando sin reflexionar quise escaparme, fracasé, volví a caer en la verja y me empalé el muslo obstinadamente humano. Él era dios y yo era realista.

Todo lo que puedo pensar hoy, las horribles complejidades que forman el amor retorcido sangriento y criminal hasta la hora tardía de la dulzura, lo he aprendido de él, de quien ignoraba totalmente que yo era y sería la discípula cuando vivimos juntos tempestuosamente.

En aquel entonces, los sufrimientos que nos venían de los sufrimientos que nos infligíamos uno al otro eran tan grandes que llegué, en el gran silencio oscuro en que nos sumimos para pensar en el mal, en nuestros últimos momentos a desear que muriera. Pero no podía decirme a mí misma. Recuerdo que sentí este oscuro e imposible deseo sin palabras. Y este deseo me abría otras llagas muy feas detrás del corazón.

Nunca experimentamos los goces, únicamente la esperanza de los goces nos atormentó siempre y nos unía para decepcionarnos.

En el fondo del fondo de todas mis ignorancias, yo debía tener una presciencia para mí inaccesible, que mi-perro era otra cosa, que él era mucho más que yo, y que no sé lo que es un perro ni lo que ser un perro es.

Esencial, urgente, así lo fue, esperadamente desesperadamente inesperadamente. Un perro vigila la entrada. Un Perro Vigila la Entrada. Si ladra tan fuerte es para que no se vea que es el cordero. Cordero ladra en vano. Pero nosotros le reprochamos que instaure el reino del amor que nos cuesta tan caro. Pues en tanto que cordero en verdad el perro nació para dar su vida por nosotros. Lo que implica que a cambio estemos dispuestos a dar nuestra vida por él. Pero nosotros no queríamos dar nuestra vida al perro. Queríamos el perro ideal, el todopoderoso, el socorro, la idea de perro en los cielos. Así es como empezó su desgracia antes incluso de que apareciera precedido de nuestro querer. Yo estoy dispuesta a dar la vida por mi gato pero ha sido necesario que primero Fips diera su vida por mí.

Para nuestra desgracia inevitable, yo la hija-de hombre, lo consideré al comienzo como un perro de hombre, y tontamente ineluctablemente como toda hija-de hombre le

hablé como hacemos sin querer con los visitantes extranjeros hasta el día en que ya no volví a dirigirle la palabra nunca más.

Fue el héroe de las desventuras y de los contratiempos.

Por un lado vino demasiado temprano: no estábamos preparados, nosotros los niños estábamos lejos de poseer la altura animal e incluso de imaginar que ésta existiera, y esto es típico de la inmadurez humana. Fue solamente al pasar por su resurrección que sucedió decenas de años después de su muerte, que descubrí inesperadamente estas alturas tan cercanas y tan rechazadas. E incluso estuve a punto de faltar a su resurrección pues sucedió tan accidentalmente que podría no haber sucedido, y se produjo de forma oblicua, como si hubiera tenido que utilizar el más astuto rodeo para burlar mi vieja vigilancia. Durante decenas de años su muerte fue bien guardada. Mezclada con la tierra pasada a la que nunca volveremos, su podredumbre enterrada en la platabanda a la derecha al entrar donde estaban las dátiles de desnudos rojos y voluminosos, la hemos dejado tras nosotros, alma abandonada representante de los pensamientos que nunca más volveríamos a visitar. Sin ser olvidada, fue tomada por una forma de repudio fatal. Tenemos el sentimiento de culpabilidad encerrado en una jaula con respecto a los seres de nuestra propia sangre, quienes, con su cuerpo encerrado en la tumba no pueden seguirnos hacia nuestras lejanas exportaciones y con el fin de despabilar la llama, murmuramos apresuradamente que ellos no pueden sentirlo ya que están muertos y fingimos creer que creemos en la extinción de los muertos y fingimos ser convencidos materialistas, mentira noble pero sobre la que titubeamos y vivimos toda nuestra vida con estos muertos que no hemos podido evitar condenar, maullan tan suave y ligeramente bajo la tierra roja que no los oímos.

Así mi padre y Fips cuya muerte quedó guardada muy lejos detrás de mí. Mi padre encontró en mí la fuerza para franquear piedras y tierras y para volver varias veces al año para verme en sueños como fiel progenitor y nunca hablamos sobre este delicado asunto, su morada sepulcral totalmente desierta, no decimos nada sobre esto, infrinjo con su consentimiento espero las leyes silenciosas de la familia no voy a ver a mi padre, es él quien viene. Pero Fips nunca. Ni siquiera me persuadí de que no era más que un despojo. Le asigné el papel espantoso de holocausto. Así es, y en las libretas donde yo consignaba las sorpresas que nos reserva la vida desplegándose, casi todas crueles, anoté el caso al lado del dc Michaël Kohlhass: en la vida las cosas son tan tortuosas, sucede que el más inocente de los seres acaba como criminal descuartizado y nada podemos hacer al respecto; y sucede que traicionamos al padre y al hijo obligatoriamente.

Y de repente, la resurrección. En la que nunca había pensado. Sucedió una mañana, y fue bajo la apariencia de un gato. En realidad no me fijé al principio. Dos años, ha sido necesario que mis sueños repitan durante dos años el mismo mensaje para que por fin despierte dc mi sordera después de tantos años distraídos y que de repente oiga ladrar a mi antiguo y primer animal. Mi gato venía de mi perro, lo que explica el poder singular de mi gato en mi corazón, poder absoluto que hace de esta bestia joven e infantil mi profeta cotidiano como la pequeña criatura bastidor en la que un oráculo tibetano reconoce la reencarnación sucesiva del buda. Y ésta es la razón por la que mi gato cuando apenas era más grande que un ratón ya reinaba. Minúsculo mesías impercibido nunca esperado, quién lo hubiera creído.

Nosotros que habíamos esperado siempre y en vano a un tercer hijo, mi hermano y yo fuimos transportados de fervor cuando, una vez acabada la guerra mundial, mi padre nos anunció la próxima llegada de un bebé perro. Así completaba el tiempo de recrecimiento y de regocijo: mi padre necesitaba plantar árboles con sus manos, suprema tentativa de retener la vida por las raíces. Tras la plantación llegó la hora de los habitantes del jardín. Y fue un perro. Durante la espera, que fue larga, estuvimos atareados. La cuna ocupó todos

nuestros pensamientos. Escogimos una caja de zapatos. Para el colchón, cosimos dos trocitos de tela, que llenamos luego de pétalos de buganvillas. Esto nos colmó de una satisfacción emocionante. Veíamos dormir al pequeño bajo nuestras miradas afanosas, respondiéndolo a todos nuestros deseos. Ninguna de las cunas de los niños que engendrarnos más tarde nos colmó, por su vacío, de emociones tan vivas. Incubábamos de rodillas ante la caja.

El sexo no nos interesó. Lo que queríamos era el hijo.

Fips no dejó que lo acostáramos en la cama que cuidábamos con tanto esmero. Luchamos durante algunas horas o algunos días. Cogíamos al pequeño, lo acostábamos, lo aplastábamos, lo sujetábamos mientras que lo tapábamos con la sábana, y enseguida de un sobresalto salía de la caja. Nuestros movimientos no eran comprendidos y no comprendíamos que no fueran comprendidos. Esto provocó una tensión. Ni un minuto dormí bajo nuestras miradas enternecidas. La cuna venida a menos. Perdimos nuestro aspecto de padres sublimes. Como caídos por la ventana desde un lejano sueño, parecíamos muñecos destrozados sobre las piedras. Y nadie nos había advertido del peligro. El asno y el buey echados a patadas.

Así, era un perro. Mientras tanto nosotros por nuestro lado. No había nacido de nosotros ni concebía siquiera nuestra unión. Ni siquiera había ruptura. Nos encontramos en un lejano planeta de penitencia, nosotros que tanto lo habíamos amado antes incluso de su nacimiento. Y él no sospechaba nada de lo que nos inspiraba. Era como un pellizco por la pérdida de algo que nunca habíamos tenido y por la que no había ningún consuelo. Éramos todos pequeños y nos habitaban sentimientos desmesuradamente grandes. Sufríamos enormemente, pero de qué. Estos sentimientos en fusión que ningún nombre contiene aún, es una inundación. Lo desamábamos un poco y no aprobábamos esta retirada, nos encontramos menos hermosos, menos respaldados, él distraído el trepador, él era un trocito de luz peluda, pero habla en nosotros una empañación, un portillo cerrado, un poco de hez. Y esta disminución de claridad fue nuestra culpa. Nuestra culpa pesaba. Debía de pesar un kilo, sentíamos su cuerpo inerte y rechazado colocado como una piedra en el corazón. Y era por culpa suya. Pero como él no sospechaba nada, era aún peor por culpa nuestra. El veneno que segregamos con motivo de la inocencia de un ser que no nos ha hecho nada, lo lanzamos de nuevo a su cara. Estábamos volviéndonos, a pesar nuestro y sin saberlo, un poco malos.

(Y ahora comprendo que todo lo que no comprendíamos no se nos quitaba sino al contrario, nos era confiado para ser guardado, protegido por una no-comprensión que conservaba futuros tesoros helados hasta nuestra mayoría espiritual. Todo lo que para nosotros permanecía como doloroso cerrado, extraño, es, en verdad, nuestra dot. Un yacimiento de tormentos, creemos falsamente. Llega el día en que estos coágulos durmientes se despiertan como revelaciones)

El perro estaba ahí y no era eso. Yo quería que me amara así y no de otra forma. (Habría querido que me obedeciera como un perro. Pero si me hubieran dicho que yo quería un esclavo, habría respondido indignada que quería solamente el perro ideal y puro del que había oído hablar.) Lejos de mi ánimo, él me quería como un perro como animal. Era una bestia pequeña ebria de vida y por esto mucho más grande que ella misma. Y que nunca hubiera podido caber en una caja.

Fue mi padre quien fue su padre sin imágenes y sin ideas. Cuidaba de su salud. Era una obligación natural que mi padre desempeñó de la misma forma que con todos sus semejantes. Le ponía gotas en los ojos. Entre Fips y mi padre, atentos, al contacto, nacía un punto de semejanza. Los dos eran transportados interiormente por el soplo de un canto. Fips era feliz por existir. Tenían los ojos febriles.

Nuestro padre murió, no pensé lo que debió de suponer esto para el perro.

La familia que resurgió estremeciéndose de las ruinas de la familia fallecida era muy diferente. Gobernada por mi madre gobernada por mi abuela. No pensé en ello. Por una tradición milenaria no escrita pero bien consolidada, se decía entre las generaciones maternas que tener un sentimiento por un animal "no era conveniente". Los milenios maternos trataban a los animales como animales. La interpretación de la tradición se privaba de comentarios pues se confundía en la lontananza con el sol blanco de la evidencia. Un perro se alimenta. Instantáneamente nuestro perro languideció pero la tradición no lo vio.

Fue entonces cuando se desencadenó nuestra caza.

La caza se desencadena. La violenta guerra que se había retenido hasta aquí, ante mi padre el médico se precipita sobre la familia. Vivimos sitiados como diminutos combatientes minados interiormente por una justa y amarga simpatía hacia nuestros sitiadores árabes. Nos defendemos como habitantes a quienes todo prohíbe atacar al enemigo. A mi padre lo llamaban "mi hermano". Murió con él este privilegio, este amor. Ahora nos injuriaban y a menudo me hicieron morder el polvo rabiando. Al menos nos peleábamos. Pero cogieron al perro como rehén. No lo dejábamos pelearse. Hubiera sido una carnicería. Fue una tragedia.

Aquí comienza la agonía. Cuán lejos quedaba el tiempo en que, implacable, yo lo quería de amor encerrado en su caja y le reprochaba no cedermé nada de su libertad. Ahora padecía nuestro destino de encerrados. Diez veces al día, llovía sobre la familia una ráfaga de piedras. En poco tiempo, la metralla que nos hería el espíritu hizo de Fips un perro rabioso. Por un casual horrible de las guerras, fue castigado a causa de la desgracia que padecía por ser nosotros. No tenía tiempo de volver en sí entre dos ofensivas la espuma nunca se secaba, además gruñía por nosotros los acosados juntos, yo también echaba espumarajos de cólera y él corría por mí aullando hacia las rejas donde trepaban los rosales rosas y las jaurias hostiles. El perro se puso a sufrir en mí por esas lapidaciones. En mí estaba el perro que sufría. Si al incnos nos hubieran disparado balas. Pero fue la elección del asesinato, el odio que se agita. Nos echaban piedras y éramos tres grandes heridos de guerra que corriamos erizados en el jardín transformado por el asalto en caja obligatoria. Tribu antigua y rauca. El perro ya no dormía se le levantó la piel el pelo pegajoso la garganta llena de nudos hasta que una mañana tuvo un derrame de odio sus ojos se ahogaron en el zumo negro el cerebro inundado por la oleada que se trastorna, la vida se ha hecho nocturna y pesadilla el sol ya no sale, y el cartero que abrió el portón era el mensajero del apocalipsis. Como un extasiado que se precipita a la hoguera Fips entusiasmado de terror se había precipitado con sus colmillos rabiosos dispuestos a hincarlos en el cartero y el error fue fatídico.

Le pusimos al perro una correa y a la correa una cuerda para que no matara nosotros mismos encadenamos nuestra propia encarnación, nosotros mismos ahorríamos al heredero de mi padre.

Fips bajaba a los infernos como aquéllos a quienes una causa justa ha llevado hasta la sangre. Ya no hay ley. Pegamos al inocente. Soy tan solitario, pensó el encadenado. Y el único en ser rechazado por ambas partes. Sin duda comprendía mejor al enemigo que al amigo. Este mundo es al revés y el perro es traicionado. Tendría que haberle hablado, habría debido si hubiera sido capaz de comprenderlo pero lo creí quizás incapaz de comprender porque yo no era entonces capaz de comprender la profunda humanidad animal, si yo no me hubiera dicho precipitadamente: nos mentimos que un perro no comprende nuestras extrañas complicaciones y que él era un perro. Dejó de pensar. Dejó de sentir. A pesar de todo no podía cargar con esta cruz encadenada que me esperaba en el

jardín, estos ojos febriles que buscaban mis ojos huidizos en cuanto ponía el pie en la tierra del jardín. Yo no le hablaba. ¿Soy judío?, pensaba. Pero qué quiere decir judío, padecía por no saberlo. Y yo tampoco. Yo no iluminaba su oscuridad, no le susurraba las palabras que todos los animales comprenden.

Pero la obligación de amar al prisionero sabe a hierbas amargas, era Pascua y estábamos en el desierto cuadrado, prohibido no amar al prisionero, yo amé a Fips a la fuerza, según la ley de la cautividad. Pero era un amor que no llegaba al soplo, nunca exclamé amor mío. No le dije que la injusticia el odio la crueldad tenían todos los derechos y que las guerras devoraban a los vivos destrozándoles los huesos y las almas interminablemente hasta el día en que de repente se detenía, no le dije que vivir era sobrevivir en las cadenas hasta el día en que no se sabe por qué se caen, ni si vives todavía. No le dije que las masacres se extenuaban. Sólo conocí el horror sin esperanza. No le puse gotas en los ojos. Además tenía garrapatas. No le hablé, olvidé hablarle. Estábamos convirtiéndonos todos en perros malos unos por otros, como sucede cuando la guerra hace estragos fuera para propagarse mejor dentro, y empieza a atormentar los corazones. Entonces mordemos al hermano y nos mordemos a nosotros mismos. La agitación del miedo, el rencor, la indignación ácida hasta en el follaje liso de los plataneros. El gran anteojo malféfico de la persecución: todo está deformado. Echábamos humo. Nuestros movimientos bruscos, nuestras orejas tiesas al acecho.

Llamaban a la puerta. Yo tenía doce años. Leta sumida en un libro. La campanita del portón fue quizás el tañido fúnebre, nadie la oye, ya nadie oye a nadie en esta casa, y siempre tengo que abrir yo. Surgí de mi gruta dejando caer mi pie soñador en el suelo de la cocina.

Como se cuenta que en la esquina de una calle un mercedes que circula pesada y locamente siega con una hoz enorme y pesada a una viandante desafortunada que cara a cara con la muerte, no habían visto venir, sucedió lo que yo no había previsto. No vi venir a mi perro. No vi que mi perro me veía saltar con la mirada extraviada con los pies juntos en el suelo martirizado. No vi que mi perro me veía venir en su cuerpo tumefacto con el abatimiento brutal del verdugo desconocido. Sin duda lo insensate. Le pareció que era el odio. Le pareció que yo también. Y que no había crimen ni traición a la que su propia familia fuera ajena. En su abandono extremo. Tú también. Le pareció que yo no era su hermana, que yo era su asesino. Y en un gran estremecimiento rauco como si exhalara el último suspiro se lanzó a mi pie que yo levantaba cerca de él. Me pareció que de este mordisco me moriría pues no me soltaba, se hincaba, era penetrante me clavaba todos sus dientes en mi corazón.

Los dientes duraban. Sollozando entramos en una eternidad loca. El perro ya no podía soltarme. Horrible apego un éxtasis nos mantenía a los dos bajo el yugo. Ya no nos movíamos enganchados al dolor, asustados. La Tierra volcada de costado.

¿Qué habría podido separarnos?

Del barroño donde hervía la colada en el patio Aïcha sacó un trapo que estirujó como una cuerda dura y mojada y con toda la fuerza de sus brazos sobre el lomo de la bestia, con sus brazos tan regordetes y musculosos lo golpeó con el mayal diez veces en la espina dorsal.

La lavandera gritaba hasta el cielo llegaba el incienso mezclado con los gritos los lloros los gruñidos. Dónde me encontraba yo, en un más allá abismal expulsada de mi misma y atrapada por los colmillos. No hay odio más triste que el del amor furioso. Comprendía que no hay peor enemigo que el hermanito enemigo, y no puedo querer matarte a ti que eres mi propio gemelo desencadenado, el portador de amargura.

Al decimotercer golpe el hocico cedió, saqué mi pie aterrador de la mandíbula. Vi la carne que somos. Salimos de una espasmodia mortal rotos cojos y delirantes. Irreconocibles.

Porque no podía ser yo. Porque no podía ser él.

Como siempre en estos momentos de apocalipsis, el cielo estaba extremadamente azul.

Lanzábamos alaridos sagrados: el terror sobrenatural por los dos lados.

Cuando por fin nos separaron uno del otro, era demasiado tarde. La raíz había sido alcanzada. En el interior de mi cerebro un sangramiento muy ligero por un pequeño lapsus de olvido y una llaga minúscula no cerraba los ojos. Las cinco cicatrices en mi pie como una estrella izquierda estaban bien cerradas. Incluso yo veía en ellas un aderezo. Pero en el fondo de mi pensamiento en la sombra y en el silencio, con el corazón secreto de un malhechor, me escondía y le decía: no. Era un no tan triste y tan secreto, era una vergüenza y nunca me lo confesé. No había de qué jactarse. Era una pereza. No era una venganza. Era una falta de fuerza. Debería haber cogido a Fips en mis brazos y mecer al inocente. Por qué no lo hice. Y nunca tendré un hijo, pensaba. Hasta que de repente un día quise todo lo contrario.

A continuación conocí con él la forma más vil de la vida familiar: el silencio bajo el mismo techo. El veneno no es el odio, es el amor débil. Estábamos envenenados. Lo envenené yo. Mi buena voluntad no se volvía hacia él. Pasaba ante él y a mi lado las grandes siluetas severas que me protegían a mi derecha el Terror a mi izquierda la Piedad. Los días entre nosotros eran noches con habitaciones separadas. Hacíamos como si hubiera dos lunas. Pero tenía garrapatas gordas como garbanzos. Esto le colmó de santidad.

Job era este perro, de ello estoy segura. Las plagas le habían sido enviadas, Dios estaba bien escondido, el padre muerto, los bienes perdidos y ahora las pestes y las úlceras. Y sin ser consciente de ello no amé al leproso como a mí misma. Con espanto arrancaba a los monstruos que lo devoraban y no con goce. El sufrimiento de la bestia me hacía sufrir por mí. No extendía las manos alegremente para bendecir al ajusticiado. No era su caballero, me hacía daño por el lado malo no me lanzaba a las llamas para salvar a mi hijo mi perro, lo que hoy hago me era imposible hacerlo experimentaba la amarga pena de aquéllos a quienes la todopoderosa santidad del amor les es rechazada. Yo era la no-guardiana de mi perro atravesaba el jardín supurando, intentando pasar ante el cuerpo roído por úlceras y penas sin pararme.

Se lo comían vivo, estas invenciones bebedoras de sangre creadas para matar a una víctima totalmente desprovista de posibilidad de huida, estas pruebas de la existencia del diablo vampiros lánguidos que se burlan de la ausencia de manos del perro, lo maman hasta la muerte, Fips siente su vida desangrarse en su tribu de estómagos y sin la posibilidad de un combate. El agonista parecía vivo. Yo misma sucumbí al número. Era todos los días como una extracción de muelas inflamadas con el caldo de su sangre. Una demografía de pesadilla, la noche misma las veía reproducirse las había en los barrote de las rejas, en los huecos, nacían de todas y ninguna parte bajando en lentos frenesíes para sentarse en sus orejas en su cuello en sus flancos e introducían sus mandíbulas de vientres en la necrosis violácea de sus venas.

Todo el DDT del mundo para nada, el hocico lleno de polvos y para colmo la sangre. Yo misma sucumbí bajo los pensamientos violáceos y no lo salvé.

*Era el fin. Recibi el telegrama: estábamos condenados. Destruídas todas las construcciones, suprimidas las obras, quemadas las búsquedas. Las noticias se sucedían; se anunciaba la espiración.*

*Estábamos en el puente del barco, la respiración del enemigo soplaba por detrás de nosotros. Apenas nos librábamos, cuando en el instante de desembarcar, vi ante mis ojos a Fips desarticulado, era el lomo desencajado, entre las patas abiertas el vientre suave y blanco, el cuerpo estirado en cruz, me sobrecogió un tierno espanto, vi el peligro, una mano inexperta podría quebrar mi animal. Lo que hacía falta encontrar en la tierra extranjera era el ser llamado veterinario. Deprisa, le grité a mi hermano, sube a la moto, monté en la máquina, sólo estaba el manillar, el artefacto se había quedado atrás en el puente. Entre mis brazos el animal como entre la vida y la muerte, grité: ¡la moto! ve a buscar la moto, no podía creerlo. Nos la habrían robado allí en lo alto, y no sabía dónde ir para impedir que la muerte llegara. Estaba soñando esto y no tenía fin.*

No lo acompañé. Sentí un miedo inundo de ver morir a aquél que no quería lo suficiente y puesto que no daría mi vida por él ya no podía compartir su muerte.

Cuando por fin lo que quedaba de él desapareció, velado por mi hermano, yo no estaba allí. Además, por casualidad o por voluntad, nunca estuve presente cuando se marchó mi padre ni mi hijo ni mi abuela ni ningún ser de mi carne. Las bocas cosidas en mi pie.

A pesar de todo yo amaba a Fips pero no en aquel momento, allí en el jardín de guerra no, todavía no, sino más tarde.

Octubre de 1995